

*En octubre de 1960, inauguró la Asamblea 26 celebrada en Bogotá, el político, periodista y escritor **Alberto Lleras Camargo**, presidente de Colombia (1958-1962), quien había sido el primer secretario general de la OEA (1948-1954). Fue condecorado por la SIP por servicio público reiterado en bien de la colectividad.*

ALBERTO LLERAS CAMARGO

Hace catorce años, a pocos meses de dejar las funciones de gobierno, y cuando reanudaba mis actividades de periodista, tuve el privilegio de presidir una reunión como ésta de la Sociedad Interamericana de Prensa. Fue aquella una asamblea confusa y difícil, llena de incidentes, pero que definió bien el carácter y la aspiración de la entidad que se estaba organizando para librar estupendas batallas por la libertad de prensa en el hemisferio.

Desde su iniciación era obvio que tendría carácter combativo y no simplemente ornamental o de simple cofradía de gentes de un común oficio. Cada una de sus reuniones posteriores fue fragorosa y categórica. La organización no se hacía para vigilar una libertad consolidada, sino para defenderla de frecuentes agresiones en un suelo en que se la amenazaba diariamente.

Hoy el examen severo que se hace del estado de la libertad de prensa en América, da un balance mucho mejor que el de tiempos anteriores. Un número considerable de gobiernos ha desaparecido. Pero no por ello hay tranquilidad. Nuevos riesgos y gravísimos hechos conturban a los hombres libres de América y la privación de la libertad de prensa, señala, como siempre, la extinción de las demás, o la anuncia.

Nada cambia en los términos de esta lucha inacabable. Quienes como yo, y muchos de los compañeros y colegas aquí presentes, vamos llegando a la vejez, no tenemos de qué sorprendernos, como no sea de que los enemigos de la libertad empleen todavía --con relativo buen éxito entre generaciones nuevas de una humanidad llena de cicatrices y rastros de los empeños por su liberación-- las mismas tácticas de los déspotas de cualquier época de la historia.

Parece que el destino de las gentes con vocación de libertad es el de repetir, una y otra vez, sus esfuerzos y sacrificios, y el de utilizar todas sus energías para no dejarse vender por la misma empresa de opresión, cualquiera que sea su nombre, su disfraz y su propósito. Siempre se inicia con la misma falacia: el pueblo, se dice, no necesita libertad, sino seguridad, no necesita libertad, sino pan. Hay que confesar que en este siglo se ha elaborado y pervertido más la proposición original de las más antiguas tiranías. No en balde para las contemporáneas han trabajado equipos de intelectuales, filósofos y economistas mercenarios en la tarea de darle novedad en la

tentativa de encadenar las gentes a un comando único.

En cambio quienes defienden la libertad de prensa como un requisito indispensable del ámbito de decencia propio de la persona humana, no pueden hacer otra cosa que repetir una verdad que, desde su descubrimiento, ha tenido menos evolución que las leyes naturales y ha sido prohibida, por desgracia, cuando quiera que ha logrado su transitorio oscurecimiento. Cuando esa libertad comienza a desaparecer no hay ya abuso, desafuero, atropello o crimen que no se cometa. La dinámica de la opresión es inflexible. El gobernante que juzga preciso reprimir la prensa ya no puede contenerse ni echar hacia atrás el curso fatal de la historia.

De igual manera la tiranía sistemática, y no accidental, la que nace de una concepción totalitaria del poder y del mundo no ha incurrido un solo minuto en la tentación de mantener libertad de prensa. Y cuando emprende sus aventuras imperialistas dirige todos sus instrumentos de penetración y de infiltración en término, contra la prensa. Restarle autoridad, señalarla como un peligro, condenarla como un negocio, o como una aberración del sistema capitalista, es una campaña que nuestra generación ya conoció como el prólogo del sojuzgamiento general, la artillería de ablandamiento que precede a la ofensiva y a la ocupación de un territorio libre.

Con criterio militante, la SIP ha venido señalando cada síntoma de corrupción del sistema democrático en cuanto afecta, principalmente, a la libertad de prensa. Naturalmente esta posición no ha hecho de su existencia una fiesta prolongada. Varios gobiernos dictatoriales han intentado sustituirla por confederaciones de periódicos y periodistas encadenados. Otros, han expulsado a sus representantes. Cada una de sus denuncias ha sido seguida de delirantes gritos de cólera.

Se le ha tildado de ser instrumento del capitalismo y del imperialismo. Pero nunca ha sido más respetada y amada que a la mañana siguiente de una victoria democrática, cuando el pueblo ha logrado quebrantar un gobierno de hecho. Millones de americanos le debemos gratitud, estamos satisfechos de no temer su acción. Para un país del hemisferio es, por eso mismo, un hecho grato y un privilegio el ser la sede de sus asambleas. El gobierno y el pueblo de Colombia así lo juzgan.

Por mi parte creo que la responsabilidad que ha asumido la Sociedad Interamericana de Prensa de mantener, en su esfera de actividad, la solidaridad de los pueblos americanos, principalmente en los momentos difíciles, cuando está en peligro una parte vital de su patrimonio jurídico, es una de las más eficaces maneras de avanzar hacia la unidad real del hemisferio. Si cada país que recobra su libertad o que tiene la insuperable fortuna de no verla amenazada por la fortaleza de sus instituciones, olvidara los desastres ajenos y guardara indiferencia ante los padecimientos de otros pueblos, establecería por implicación una solidaridad con los tiranos que dejaría huellas perdurables y amargas.

En América la prensa, publicando lo que no se deja publicar en un determinado territorio, informando con objetividad y comentando con franqueza los episodios de las tiranías, crea en los pueblos oprimidos esperanza, determinación y fe en su destino último. Y eso se recuerda siempre. Quienes hemos pasado por experiencias de ese género podemos olvidar las dificultades en que estuvimos envueltos, pero jamás el apoyo moral que recibimos de quienes no tenían obligación estricta de otorgarlo.

Ciertamente ningún vínculo institucional es más fuerte entre naciones que el que se forma en esas circunstancias.

Pero esta Sociedad tiene, además de la misión gloriosa y difícil a que me he referido, otras muchas que sus estatutos fijan con precisión y que son menos notables y comentadas. No basta que la prensa sea libre para que sea siempre un instrumento de bien público, aunque es cierto que no lo puede ser si no se mueve en un ambiente de absoluta libertad. Ustedes trabajan por su mejoramiento de manera especialmente eficaz.

Técnicamente la prensa del hemisferio americano es una de las más avanzadas del mundo. Como medio de información dudo de que haya otra más completa. Entre las formas más notables de este periodismo y las más atrasadas, debe establecerse, -- y la Sociedad es un canal apto para tal función--, intercambio, cooperación y asistencia que fortalezcan esta formidable herramienta de la libertad. Un código cada día más riguroso de ética profesional, aún no escrito, va definiendo lo que es lícito y lo que es abusivo en el ejercicio del periodismo, y la confrontación de las experiencias de todos los países americanos de consistencia y fuerza a esas reglas, cuyo abandono hace vulnerables a toda la prensa, a aquella que las respeta y/o que las viola.

Pero mi grata obligación aquí no es otra que la de saludar a los periodistas extranjeros que han llegado a tierra colombiana a nombre y en representación de un pueblo que les guarda gratitud, los admira y los quiere. Como amigo y antiguo colega de ustedes ese encargo me resulta todavía más amable. No formulo, pues, protocolaria, sino íntima y fervorosamente, votos por el mejor éxito de sus tareas.